LIBRO SEGUNDO

El Tono Bungay llega á su mayor apogeo.

www.www.ww

CAPITULO I

Del hotel Hardingham y de cómo llegamos á ser personas de importancia

I

Ahora que vuelvo á reanudar el asunto principal de mi historia, conviene que diga algo de la apariencia personal de mi tío, tal como la recuerdo yo en aquellos días que pasó, de comerciante que era, á hombre financiero ó asentista. Aquel hombrecito fué ensanchándose á medida que aumentaba y afianzaba el negocio del Tono-Bungay. Su abdomen — perdona, lector, que mezcle sus formas con sus méritos — se fué redondeando poco á poco, hasta llegar á un tamaño bastante respetable. Sus piernecitas no perdieron por eso su ligereza habitual, al contrario, las movía con una ligereza que asombraba y por su contoneo al andar parecía que no tenía rodillas. El hombre estaba muy satisfecho de su pancita y hacía hasta ostentación de ella.

Su nariz adquirió también cierto carácter que antes no tenía; ahora era la suya una nariz agresiva, y me parece que aumentó también la oblicuidad

de su boca. Creo estarle viendo en este momento; no se le caía el cigarro puro de la boca, unas veces lo llevaba en un extremo y otras en otro, pero siempre chupaba y hasta se comía la mitad del cigarro.

En cuanto vió acreditado el Tono-Bungay adoptó el sombrero de copa de alas anchas para diario, así como la levita larga, que aunque parecía más bajo se hallaba tan contento y satisfecho con ella; y además de esto se compró varias sortijas, entre ellas un anillo con una piedra grande encarnada y signos gnósticos, que llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda.

— Esto es muy bueno, Jorge,— me dijo un día enseñándome el anillo;— estos símbolos significan muchas cosas, ¡significan suerte, hijo!

II

Mi tío hizo amistad con el joven Meggs, en un banquete que tuvieron los fabricantes de botellas, lo cual viene á ilustrar el elemento romántico del comercio moderno. Este joven era nieto del primitivo Meggs, y para ser algo más que fabricante de jabón se dedicó después de mucho pensarlo al estudio de la Historia, particularmente de la historia de la Tebaida, pero al morir un primo suyo, que era el que dirigía su fábrica, se encontraba muy apurado al ver que tendría que abandonar sus estudios favoritos para atender al negocio.

Mi tío le ofreció que le ayudaría para descargarle de trabajo, y acordaron entonces formar los dos sociedad. Había que oir á mi tío cómo me describía al día siguiente á este hombre.

—Es un tipo, Jorge, con cara de acuario, alto, rubio, con lentes, y con un acento en su conversación sumamente suave.

Me quedé sin saber lo que quería decir: «¿ Cara de acuario?»

-Sí, hombre, fijate en él; trafica en jabón y tie-

ne acreditado el nombre. Tengo la seguridad de que yo puedo explotar eso. Ya verás, Jorge; entremos en esta tienda y pediremos media libra de cada clase de jabón que tengan.

A la tercera pregunta que hizo mi tío contestó el muchacho de la tienda:

- Moggs' Domestic.

— Muy bien, — replicó mi tío. — Está acreditado, Jorge, — dijo entonces dirigiéndose á mí. — Nada, haremos un paquetito y se lo mandaremos al obispo de Londres, que él sabrá hacer buen uso de él. (Es un gran hombre, Jorge, hace muchas obras de caridad), — y me entregó el paquete. — Aquí tienes una tarjeta, Ponderevo — Tono-Bungay.

Después fuímos á casa del joven Meggs, y lo encontramos tomando el té, sentado muy comodamente en una butaca, con una chaqueta puesta de pelo de camello. Este hombre era un tipo muy raro; no había visto otro igual en toda mi vida. Nos dijo que no leía ningún periódico, y que no se lavaba nunca con jabón.

- Tengo la piel muy delicada, - dijo.

-¿No le importará á usted que le anunciemos mucho? - preguntó mi tío.

Arréglese usted como quiera, — dijo Meggs.
 Con tal que no me moleste ni poco ni mucho puede usted hacerme todo lo rico que pueda.

Y desde aquel momento quedamos encargados de la propaganda, y anunciamos muchas más clases de jabón Meggs.

Yo no quería mezclarme en nada de esto, porque me llamaban más la atención mis inventos que estas embusterías del comercio; así es que me excusaba siempre que podía de pasar por el despacho de mi tío, pero no dejaba por eso de aconsejarle lo que á mí me parecía que debía hacer en todo este

que á mí me parecía que debía hacer en todo este laberinto de empresas en que se había metido. El caso es que entre el Tono-Burgay y los jabones Meggs marchaba viento en popa, y tenía todo el crédito que deseaba, pues el público no se cansaba

de ofrecerle dinero para colocarlo en la nueva empresa.

III

Cuando pienso en mi tío, en aquellos días próximos á sus grandes empresas, le veo con el traje que acostumbraba á llevar por casa en las habitaciones que había alquilado en el hotel Hardingham, sentado á la antigua y enorme mesa escritorio de roble, fumando, bebiendo, é inconexamente ocupado; aquel era su aspecto típico financiero; nuestras tardes, nuestras mañanas, nuestros días de fiesta, nuestras expediciones en automóvil, lady Grove y Crest Hill, pertenecen á otra serie diferente de recuerdos.

Las habitaciones que había tomado en el hotel Hardingham estaban una al lado de otra, á lo largo de un hermoso corredor cubierto de gruesa y mullida alfombra. Todas las puertas del corredor estaban cerradas menos la primera; y la alcoba de mi tío, el cuarto donde tomaba el desayuno, y el santuario privado, eran los menos accesibles, y se llegaba á ellos por una entrada del pasillo adyacente, que utilizaba algunas veces para escapar sin ser visto de los importunos visitantes. La habitación más externa era un recibidor general con aspecto de despacho; había uno ó dos sofás muy incómodos, varias sillas, una mesa forrada de bayeta verde, y una colección del verdadero y mejor jabón Meggs, y varios carteles anuncios del Tono; la alfombra normal de peluche del Hardingham había sido substituída por un hule de corcho color verdoso. En esta habitación veía yo algunas veces una miscelánea notable de gentes, presidida por un comisionado de mirada feroz llamado Roppes, que guardaba la puerta del despacho de mi tío. Allí se podían ver muchas veces una ó dos viudas no muy bien peinadas, hombres de mediana edad, y gran variedad de jóvenes mejor ó peor vestidos, con rollos de papeles que les asomaban por la parte interior de sus americanas 6 chaqués.

Todos esperaban inútilmente, á veces semanas enteras, para ver si les daban alguna colocación en la compañía; mejor hubiera sido que se hubieran quedado en sus casas. Junto á esta habitación había otra también llena de gente, pero distinta, que tenían alguna cita con mi tío; se veían hombres elegantemente vestidos, mujeres nerviosas, ocultando sus caras con las revistas que tenían en las manos, clérigos no conformistas, verdaderos hombres de negocios, jóvenes de diferentes origenes sociales norte americanos, pérfidos por varios conceptos, licenciados en las universidades inglesas, etc. En esta habitación había una ventana que daba al patio del hotel, embaldosado y con un surtidor de agua en el centro. Un día al pasar yo por allí oí medio en cuchicheo que decía uno de aquellos jóvenes:

—¿Pero usted no comprende, señor Ponderevo, que todo son ventajas?—le miré á la cara y se quedó algo turbado.

Allí estaba mi tío entretenido siempre con su cigarro, pues, cuando terminaba uno encendía otro, con una expresión de beatitud problemática en su cara, mientras que alguno de aquellos asiduos visitantes le proponía algún negocio.

— ¿Eres tú, Jorge? — acostumbraba á decir cuando me veía. — Entra; mira, aquí tenemos un asunto; ¿quieres tomar una copa? ¡No! ¡Buen muchacho! repitaselo usted, señor; escucha.

Yo estaba siempre dispuesto á escuchar. Del hotel Hardingham salieron, por aquel tiempo del gran apogeo de mi tío, verdaderas maravillas de combinaciones financieras. Era incansable aquel hombre; y con todas aquellas cosas, se hallaba en su centro. Empleó grandes sumas de dinero, como diré después en su lugar correspondiente, y se veía rodeado de una atmósfera de inmensa deferencia, y aquéllo constituía precisamente sus sueños dorados; pues, le gustaba que le saludaran por la calle

el mayor número de personas posible, y que aquellas que iban á proponerle algunos negocios pon-

derasen su talento y habilidad.

Ahora que trato de escribir todas estas cosas, y de darles forma literaria, pienso más detenidamente en lo que son las empresas, y en lo injustas que eran todas aquellas prosperidades nuestras. Mi tío llegó á manejar, al empezar el apogeo de estos negocios, dos millones de libras esterlinas entre dinero contante y propiedades, y á todo esto sin tener con qué responder, nada más que de una manera sumamente vaga; y desde el principio al final de su carrera comercial influyó en la colocación de más de treinta millones de libras esterlinas. Así está montada la irracional sociedad en que vivimos. Ella fué la que le dió todo ese dinero, por estar sentado á la mesa de su despacho diciendo más mentiras que palabras. Porque él no llegó á crear nada, no inventó nada, ni economizó nada. Ninguno de los negocios que se hicieron y organizaron allí, añadió ningún valor real y efectivo á la vida humana. Varios de ellos, lo mismo que Tono-Bungay, no eran ni más ni menos que fraudes encubiertos con los honestos cartelones del anuncio. Me parece estar viendo aquella procesión de gente que se sentaba delante de nosotros para proponernos esto ó aquéllo. Unas veces se trataba de vender pan bajo un nombre ingenioso y bonito, con objeto de poder burlar la ley por darlo falto de peso, otras de una nueva clase de anuncio mucho más ruidoso, otras de unos vacimientos riquísimos de minerales que nadie sospechaba dónde estaban, ó bien de una substancia sumamente barata que podía substituir tal ó cual artículo de primera necesidad; y así por el estilo. Todo lo presentaban muy bien con palabra persuasiva, que hacían caer en la tentación.

En vista del desarrollo considerable que iban adquiriendo los negocios de mi tío, se acordó formar tres compañías generales mercantiles, la London and African Investment Company, la British Traders' Loan Company, y Business Organizations Limited. Esto era precisamente en el tiempo culminante, cuando tenía yo menos que ver con los negocios. Pero no lo digo con la idea de disculparme, confieso desde luego que era director de las tres, pero también debo decir que me ocupaba muy poco de ellas. Cada una de estas compañías terminaba su año solvente financiero, vendiendo gran número de acciones á alguna de sus hermanas, pagando el dividendo con el producto de la venta. Yo me sentaba á la mesa y convenía en todo, y ruede la bola...

Habrás reparado ya, lector, en la naturaleza de los servicios que prestaba mi tío, para que esta fantástica comumidad le confiara riquezas á manos llenas, y le respetara muchísimo al mismo tiempo.

— Nada, Jorge, — me decía, — esto quiere decir que la gente tiene fe ciega en nosotros; desde que se destapó la primera botella de Tono-Bungay nos vamos ganando la confianza de la humanidad entera.

Toda esta sociedad mercantil moderna, está civilización de hoy está vestida con los mismos materiales que se fabrican los sueños. Masas de gentes que se ahogan, líneas de ferrocarriles por todos lados, ciudades inmensas cuyos edificios llegan al cielo, minas, fundiciones, fábricas, talleres, arsenales, lanzamientos de nuevos buques, países desiertos que se pueblan; y por entre toda esta gente afanosa que lucha sin cesar, caminan los ricos propietarios, dirigiéndolo todo, disfrutando de todo, creando la confianza que nos une á todos en forzada y casi inconsciente hermandad. Me imagino yo lo que pasará con mis planes de ingeniería. Había banderas que las agitará el viento, aplaudirá la multitud y se convocarán los gobiernos. Pero á pesar de esto hay momentos que me parece que toda esta civilización mercantil actual, no es más ni menos que la carrera comercial de mi tío; una burbuja de aire en el agua, algo que se parece á su desastre final...

Sin embargo, durante cuatro años y medio nos dimos vida de potentados. Paseabamos en un magnifico automóvil por carreteras tangibles, vivíamos en las mejores casas, y nuestros bolsillos se hallaban siempre repletos de billetes de banco y monedas de oro y plata; miles de hombres y mujeres nos saludaban respetuosamente, y mi tío no tenía nada más que extender la mano para que se cumplieran inmediatamente sus órdenes. Así sucedió con la propiedad de lady Grove y con el gran palacio que mandó construir, pero que no se terminó, en Crest Hill, con mármoles del Canadá y maderas de Nueva Zelandia; pero como debajo de todo esto no había nada más que pura ficción, se desvaneció pronto como nube de verano.

IV

Cuando paso ahora por delante del hotel Hardingham, y miro hacia el patio donde está el surtidor de agua, me acuerdo de aquellos días, aun no muy lejanos, en que tan cerca estuve yo del centro de nuestro torbellino mercantil. Aun veo á mi tío en su despacho rodeado de todos aquellos pájaros de cuenta que venían á ofrecernos negocios; jy qué puntos eran algunos de ellos! sobre todo un tal Gordon-Nasmyth, la mezcla más extraña de novela é ilegalidad, que estaba destinado para meterme á mí en la aventura más estupenda de mi vida, el asunto de la isla Mordet; dejándome, como vulgarmente se dice, con las manos manchadas de sangre. Lo extraño del caso es que nada de esto me remuerde la conciencia. La historia de esta isla se dió en un informe del Gobierno, pero estaba lleno de inexactitudes; mas por varias razones conviene que siga así y que no se aclare la verdad.

Aun conservo la más viva memoria del aspecto de Gordon-Nasmyth, en el interior del santuario de mi tío; era un hombre seco, de cara atezada, con un ojo azulado y sin brillo—el otro lo llevaba cu-

bierto con el párpado — cuando nos refirió con forzada afectación la increible historia de un montón enorme de *quap* que estaba abandonado ó oculto en la playa de la isla Mordet entre manglis blancos muertos.

-¿ Qué es quap? - preguntó mi tío al oir repetir

la palabra por cuarta vez.

Le llaman quap ó quabb, no sé exactamente cómo se pronuncia, — dijo Gordon-Nasmyth, — y como no tenía bastante satisfacción con ellos, no me metí en averiguar este punto... Pero el caso es que está allí y nos podemos apoderar de esta substancia. La gente de allá no sabe que exista aquéllo. Yo estuve dando vueltas por la playa y me hice pasar por botánico, y por eso no me siguieron los muchachos...

Gordon-Nasmyth tenía inclinaciones dramáticas.

— Vean ustedes, — dijo entornando cuidadosamente la puerta mientras hablaba; — ¿ están dispuestos á emplear seis mil libras en un negocio muy bonito y seguro, que les produciría el quince por ciento al año?

— Para cosas como esas siempre estamos dispuestos, — contestó mi tío separándose el cigarro de la boca mientras echaba hacia atrás su silla.

Gordon-Nasmyth tomó en seguida otra actitud

menos estirada.

— No crea usted nada de eso, tío, — dije yo entonces al ver lo dispuesto que estaba á entrar en negociaciones con aquel hombre. — Siéntese usted, señor Gordon-Nasmyth, le agradecemos mucho que haya venido á ofrecernos un negocio, pero tratándose de minerales no haremos nada.

- Se trata de quap, - dijo Gordon-Nasmyth, fijando su vista en la mía con insistencia, - quap en

montones, - añadió después.

-En montones, - dijo mi tío suavemente con los

lentes muy oblícuos en las narices.

— Veo que no sirven ustedes nada más que para tratar de drogas, — dijo Gordon-Nasmyth desdeñosamente, apoderándose al mismo tiempo de un cigarro de mi tío. — Siento haber venido, pero en fin, ya estoy aquí... En cuanto al quap les diré que es el radio-activo más enérgico del mundo. ¡Eso es el quap! la supuración de tierra y metales pesados, polonium, radium, thorium, carium y otras cosas. Es una substancia llamada XK, provisionalmente. Está en forma de arena podrida. Cómo se ha formado no lo sé, parece como si algún criador joven hubiese estado en ella. Hay dos montones, uno grande y otro pequeño, y nos podemos apoderar de ellos; esto es todo lo que tenía que decir á ustedes, señores.

-Sí, todo eso suena muy bien, -dije yo. -¿ Tie-

ne usted muestras?

- Las tendremos; pueden ustedes contar con dos onzas.

- Pero dónde están?...

Me miró sonriente con el ojo azul, y estuvo escudriñándome durante un ratito. Habló después fragmentariamente, sin dejar de dar chupadas al cigarro rehuyendo contestar categóricamente á mi pregunta.

—Es una substancia, —volvió á decir Gordon-Nasmyth, — que vale cada onza tres libras esterlinas, y, sin embargo, se puede adquirir por un penique; hay dos montones, y no hay más que llegar y cargar con ellos, ¡que representan varias toneladas de peso!

- Y quién los dejó allí?

—¡Sabe Dios!...¡Lo cierto es que están y que nos los podemos traer!

- Por qué no hace usted algunas diligencias para

conseguirlos?

— Es gente muy estúpida. Allí están; no hay más que llegar y cargar. Esto es todo lo que puedo idecir.

-Pero podrían cogerle á usted.

- Podrían, desde luego, pero como no pueden por eso no me cogerán.

Al llegar aquí entramos á tratar de las dificultades que se presentarían.

-No me cogerán, porque antes que lo hicieran me sumergería en el agua. Denme ustedes un yate, - dijo Gordon-Nasmyth; - no necesito más que eso.

-Pero si le cogen, - arguyó mi tío...

Creo que Gordon-Nasmyth esperaba que le entregásemos un cheque de seis mil libras, nada más que por la fuerza de su palabra, que era abundosa y persuasiva, pero no nos corríamos nosotros tan fácilmente. Le dije que ante todo tenía que traernos muestras para hacer el análisis, y que después hablaríamos del asunto. En aquel momento hizo un movimiento para urgarse el bolsillo de su americana, lo que me dió á entender que quería persuadirnos de que llevaba las muestras consigo. Pero si las llevaba no nos las quiso dar ni nos dijo tampoco con aproximación de trescientas millas más ó menos dónde se hallaba situada la isla Mordet. Debía de tener la idea de que poseía un secreto de inestimable valor, y no sabía hasta qué punto podría franquearse con los hombres de negocios. Así es que para ganar tiempo en aquellos momentos de vacilaciones por su parte, dió un giro á la conversación y empezó á hablar de otros asuntos.

Se expresó muy bien. Habló de las posesiones holandesas de las Indias Orientales y del Congo, del Africa oriental portuguesa y del Paraguay, de los ricos comerciantes malayos y chinos, así como de lo extendido que está hoy el mahometismo en Africa. Mientras hablaba nos estaba estudiando para ver si estábamos dispuestos á emprender con él esta aventura.

En aquel despachito nuestro se trataba ahora de toda clase de negocios, pero ni mi tío ni yo habíamos viajado por el extranjero, á excepción de dos ó tres giras vulgares que habíamos hecho á París, el mundo para nosotros era Inglaterra, y las plazas de origen de la mitad de las primeras materias

que vendíamos nos hubieran parecido tan remotas como las tierras maravillosas ó los bosques de Arden. Pero Gordon-Nasmyth se expresó tan bien aquella tarde, pintándolo todo con tal color de realidad, que á mí me pareció que se trataba de una cosa que tenía yo ya olvidada y que la volvía á recordar ahora.

Por fin se decidió á enseñarnos la muestra de la substancia en cuestión, que no era otra cosa que un pedacito de cuarzo arcilloso con algunos granitos amarillentos, dentro de una botellita de cristal tapada con badana y franela, creo que era si mal no recuerdo franela encarnada.

— Tengan ustedes mucho cuidado y no se la lleven encima, porque si les toca á la carne les producirá una llaga, — dijo Gordon-Nasmyth.

Le entregué á Thorold aquella substancia, y en el análisis que hizo de ella descubrió dos nuevas substancias. Les puso nombre y las publicó después, pero Gordon-Nasmyth no se enteró de esto hasta que transcurrieron algunos días, y al saberlo se puso furioso conmigo por habersela enseñado á Thorold.

—Yo creía que haría usted mismo el análisis, dijo con la persuasión del lego que cree que el hombre científico conoce y practica todas las ciencias.

Hice algunas investigaciones comerciales, y por ellas supe que, efectivamente, Gordon-Nasmyth no andaba muy desencaminado respecto al precio de esta substancia. Sucedía esto precisamente por aquellos días en que Capern descubrió el valor y aplicación del canadium en las fibras de su nombre, pero el cirium y thorium solamente valían ya el dinero que sacó de las capas de gas que estaban entonces en voga. Había, sin embargo, sus dudas. ¿Cuál era el límite comercial de las capas de gas? Fuerra del cerium, ¿cuánto thorium se podía sacar como máximum? Supongamos que hubiese bastante cantidad para cargar un buque, pero esto no quiere decir que dejaran de existir las dudas. ¿Dón-

de estaban los montones para poder tomar muestras de ellos? ¿Serían tan grandes como se decía? ¿Estarían únicamente en la imaginación de Gordon-Nasmyth? Y aun en el caso de que fuera cierto, ¿podríamos apoderarnos de ellos tan fácilmente como él suponía? Por de pronto aquello no era nuestro, y todo esto, como es natural, daba lugar á dudas y olía por otra parte á aventura.

Mas á pesar de todo seguimos hablando del asunto, aunque la verdad sea dicha pusímos á prueba su paciencia. De pronto desapareció de Londres, y no volví á saber de él en año y medio.

Mi tío decía que había sucedido lo que era de esperar, y cuando por último, se nos volvió á presentar Gordon-Nasmyth y nos dijo de una manera incidental que había estado en el Paraguay para arreglar un asunto particular, (y nosotros adivinamos que había sido apasionado), tuvimos que empezar á tratar de nuevo del asunto de la expedición del « quap ». Mi tío estaba dispuesto á ser muy escéptico en este punto, pero yo no estaba tan decidido como él. Me seducía sí, desde el punto de vista pintoresco; pero ninguno de nosotros estábamos decididos á emprender el asunto en vista del descubrimiento de Carpen...

La historia de Nasmyth se había colgado de mi imaginación, como cuelga un cuadrito de sol tropical en una pared gris de asuntos comerciales. La guardé mientras permaneció Gordon-Nasmyth en Inglaterra. Cuando nos veíamos, que era con mucha frecuencia, se reforzaba su efecto. Almorzábamos juntos algunos días, y siempre formábamos nuevos proyectos para apoderarnos de los consabidos montones de quap. Muchas veces servía aquello de ejercicio mental fantástico, y entonces fué cuando Capern hizo el descubrimiento de lo que él llamaba la posibilidad de realizar el negocio del quap. Gordon-Nasmyth, no se había enterado de la alteración enorme que había sufrido el precio de esta substancia, y seguía creyendo todavía que el

radium valía lo mismo que antes, y que era tan buscado como siempre, y debido á esto aconsejó á un primo suyo llamado Pollack que hiciera una transacción extraordinaria con la póliza de su seguro de vida, con cuyo producto pensaba comprar un bergantín. Nosotros también llegamos á un acuerdo, partimos diferencias, pusimos tres mil libras esterlinas en el asunto, y en seguida se desvaneció como el humo la transacción de la póliza de seguro sobre la vida de Pollack. Discutíamos largamente sobre si nos convendría fletar un vapor ó sería preferible continuar con la idea del bergantín, pero por fin nos decidimos por éste último, por ser instrumento menos sospechoso para una empresa, que en medio de todo, no llevaba más intención que la de cometer un robo.

Esta fué una de nuestras últimas empresas antes que se presentara la gran crisis, y por eso ha-

blaré de ella en su lugar correspondiente.

Así es como vino el quap á meterse en nuestros negocios, vino en forma de cuento fantástico, y llegó á ser real y efectivo. Tan real fué siendo poco á poco, que por último acabé por ver con mis propios ojos los montones que había visto durante tanto tiempo con la imaginación.

V

Como ya dejo indicado anteriormente, á Hardingham venían muchas gentes á ofrecer á mi tío toda clase de negocios. Gordon-Nasmyth fué uno de los que más influyeron, por último, en la crisis de nuestra fortuna. Cuando pienso en todo esto, me quedo perplejo y sigo aún dudando si sería verdad toda aquella racha de prosperidad y buena suerte. Hicimos cosas verdaderamente extraordinarias, que hombres con grandes fortunas acaso no hubieran podido realizar. Entre las varias cosas que le ofrecieron como negocio se encontraban el British Medical Journal y la Laneta, que mi tío se

empeñó en comprarlos, porque decía que esto podía constituir un nuevo negocio, y si se le hacía la contra contestaba que si no compraba la propiedad de estos dos periódicos fundaría otros similares. La idea era superior, porque tratándose de dos periódicos de esta índole hubiera facilitado enormemente la venta de los muchos específicos que teníamos, y de otros que hubieramos tenido después; y la profesión médica casi hubiera dependido de nosotros. Aun me asombra, creo que moriré asombrado, que una cosa como esta pueda ocurrir en estos tiempos modernos. Pero si mi tío no salía adelante con su empresa, otro podría tener más suerte que él. Sin embargo, aun en la suposición de que hubiese adquirido la propiedad de estos dos semanarios, dudo yo que su estilo peculiar hubiese convenido al carácter de estos dos periódicos.

Pero por fin compró la propiedad del Sacred Grove en ochocientas libras esterlinas, órgano crítico muy importante; á su antiguo propietario lo metió de una manera ó de otra en nuestro negocio. El periódico, á pesar de haberlo comprado muy barato no cubría gastos. Pero no es extraño que no produjera. En uno que conservo de aquel tiempo, encabeza la primera página del modo siguiente:

«THE SACRED GROVE.»

Revista semanal de arte, filosofía, ciencias y bellas artes.

¿Tiene usted mal gusto de boca? Pues es el hígado.

De las veintitrés píldoras tome usted UNA. (Nada más que una,)

No es ninguna droga, es un remedio americano para las enfermedades del hígado.

SUMARIO:

Carta de Walter Pater no publicada hasta hoy. La tía materna de Carlota Brontë. Nueva historia católica de Inglaterra. El genio de Shakespeare.

Correspondencia: La hipótesis Mendilian; el infinitivo partido; «Comienzo», ó «Principio», Claverhouse; el socialismo y lo individual; la dignidad de las letras.

Cháchara folklórica. El escenario; la paradoja de la representación. Viajes, Biografías, Poesias, Ficción, etc.

Todas estas letras amontonadas me recuerdan al Plutarco que leía yo de niño; y la verdad, no creo justo que un Estado permita que se impriman y vendan periódicos como estos que se publican hoy.

VI

Entre los recuerdos de Hardingham sobresale un día lluvioso del mes de Noviembre que me impresionó mucho por cierto, porque desde la ventana de nuestro despacho ví pasar á la procesión de hombres sin trabajo de Londres.

Era lo mismo que si hubiese mirado á un pozo y hubiera aparecido de pronto un mundo infernal. Se habían reunido algunos miles de hombres desventurados, escuálidos y hambrientos, para pasear sus miserias por el West End, haciendo un llamamiento débil y poco 6 nada amenazador:

«Trabajo es lo que deseamos, y no caridad.»
Allá iban caminando como fantasmas por entre la niebla, silenciosos, chopoteando barro, en interminable procesión, alargando á los transeuntes las bolsitas para que les echaran algún penique. Y aquellos infelices no habían hecho nunca transacciones comerciales, no se habían metido en especulaciones mercantiles de ninguna clase, no habían hecho más que trabajar como burros de carga, y ni aun esto podían seguir haciendo, porque no tenian dónde echar un jornal. Era una vergüenza,

sí, una vergüenza, el ver á tanto infeliz necesitado arrastrándose por el fango del arroyo en plena civilización, en medio de una civilización disipadora. Y nosotros entretanto arriba de todo, tan arriba que parecía que mirábamos como el mismo Dios desde otro mundo diferente, muy bien instalados en una habitación magnífica, lujosamente amueblada, bien alumbrada y calentada, llena de objetos costosísimos.

WHISE CAUGHTERS TARKS

"ALFONSO REYES"